

LA VOLUNTAD DE SER EN DON QUIJOTE

Característica destacada de don Quijote es la firmísima voluntad de vivir su vida, vida "incitada" por la acuciosa lectura de los libros de caballerías, que constituye su manera determinada de *ser* actualizada en su *estar*. Y por estar de esa única manera en su propia *estancia* fuera de la cual su vivir no tendría razón de ser, es por lo que, con visión profética y firme voluntad, aprovecha todas las circunstancias que le son favorables para la vida que él quiere vivir y, si no lo son, para transformarlas, metaforizando las reales y actualizándose dentro de las metafóricas, que de esa manera llegan poéticamente a realizarse. De tal modo, el personaje ideal nacido de la mente de su creador, aun sin tener vinculación alguna con el mundo de la realidad, es decir, sin una vida real precedente que viniera a ser el soporte de esta nueva vida, se convierte en un personaje histórico-poético con vida ejemplar dentro o entre el conglomerado de vidas que forman el común de la humanidad y, más concretamente, el común de la vida hispánica del siglo XVI.

Todas las ocasiones tanto de mejor como de peor fortuna son buenas para enriquecer su vivir interior; y personajes y paisajes, y favorables o malhadados sucesos, constituyen la "circunstancia" del personaje historiable, que adquiere nuevos matices en cada momento de su vida, enriquecida en su acontecer, ejemplar en todo momento, fijada y desarrollada en cuadros típicos de la "Edad de Oro" que a él le ha tocado resucitar, mundo metafórico en que su ser se modifica para llegar a su estar típico, gracias a una alquimia milagrosa o milagrera que agita su *esencia* con las circunstancias que le rodean, determinando su quehacer paradigmático, característico e individualizador entre las demás maneras de estar de su época y de todas las épocas.

Merced a determinadas *incitaciones*, don Quijote realiza su ser en procesos vitales, que perfeccionan, a cada paso que avanza, su vocación, su ideal, su "leit-motiv", creándose y recreándose a sí mismo en cada aventura como cualquier artista, fuera de Dios que todo lo crea de la nada. con apoyaturas en la materia

que constituye su circunstancia; en el rito que determina su manera de obrar; en el escenario, marco dentro del cual actúa, múltiple y surtido que rodea y condiciona su ser. Es, pues, cuestión de distinguir sin separar y de unir sin confundir. Si separamos tajantemente y de una vez el ser y el estar, ni el ser puede estar, ni el estar puede ser; ambos juntos son principios constituyentes, inseparables de cualquier sustancia creada; pero, si tampoco distinguimos, caeremos en errores que hacen imposible la vida verdaderamente humana, convirtiendo el mundo en un caos ininteligible de opuestos e irreductibles principios: panteísmo, idealismo, positivísimo, existencialismo, etc.

El sutil y barroco lenguaje castellano distingue perfectamente entre el ser y el estar: el ser implica lo que tiene consistencia por sí mismo, lo sustancial, fundamental, universal, primordial y permanente. En cambio, el estar representa todo lo contrario: implica lo inconsistente, lo accidental, circunstancial, variable e inestable, actual y presente, superficial y adherente. El estar es la primera perfección de la esencia o *forma secunda*, según los escolásticos. También podemos decir que el ser es la sustancia y el estar los accidentes. Claro que a la forma primera se pueden añadir segundas formas que, aunque accidentales en sí mismas, una vez asimiladas y en relación con otras formas, pueden convertirse en esenciales y sustanciales. En cuanto a ser hombre, es accidental para don Quijote ser o no ser manchego; pero en cuanto don Quijote se convierte en el caballero de la Mancha, ya es sustancial para su ser hallarse circunscrito por tal concepto geográfico.

Ambos principios, ser y estar, sirven de acto y de potencia uno al otro. Añadiendo al ser un estar, se perfecciona dicho ser; y este ser perfeccionado con otro nuevo estar da un ser más perfecto, y así sucesivamente. Éste es el proceso vital: paso del ser al estar, del *yo* al *otro*. Así el ser se nutre del estar, el yo acrecienta su ser apropiándose del del otro y el estar manifiesta su concreta perfección en el grado de su constante desarrollo.

En el *Quijote* se acentúa a cada momento el papel del estar; por eso el personaje es un ser dinámico cuyas vivencias todas son posibilidades de su ser y además deseos de su voluntad, condicionados solamente por las circunstancias que rodean su existencia. Las circunstancias concurren a hacerle lo que es y lo

que puede ser, pero sólo porque él lo quiere, pues no tienen otro dominio sobre él y sobre su destino que el que acepta o busca libremente. Están, pues, a su servicio; pero lo que quiere ser lo debe, en cierto modo y hasta cierto punto, a las circunstancias. Todos los factores de su ser, fortuna, providencia, circunstancias y voluntad se aclaran en los siguientes textos:

Sancho amigo, has de saber que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la de oro o la dorada como suele llamarse. Yo soy aquél para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos. Yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda, los Doce de Francia y los Nueve de la Fama, y el que ha de poner en olvido los Platires, los Tablantes, Olivantes y Tirantes, los Febos y Belianises con toda la caterva de los famosos caballeros andantes del pasado tiempo, haciendo en éste en que me hallo tales grandezas, extrañezas y fechos de armas, que escurezcan las más claras que ellos hicieron... las cuales cosas, todas juntas y cada una por sí, son bastantes a infundir miedo, temor y espanto en el pecho del mismo Marte, cuanto más en aquél que no está acostumbrado a semejantes acontecimientos y venturas. Pues todo esto que yo te pinto son incentivos y despertadores de mi ánimo, que ya hace que el corazón me reviente en el pecho, con el deseo que tiene de acometer esta aventura, por más dificultosa que se muestre (I, 20).

Y en la segunda parte, cuando su voluntad no ha declinado todavía, lo cual sucede a partir del capítulo x, después del desastroso descubrimiento de Dulcinea convertida en labradora, tiene don Quijote arrestos suficientes para pronunciar ante ama y sobrina estas tremendas palabras, reveladoras de su voluntad decidida:

... Yo tengo más armas que letras, y nací según me inclino a las armas, debajo de la influencia del planeta Marte; así que casi me es forzoso seguir por su camino, y por él tengo de ir *a pesar de todo el mundo*, y será en balde cansaros en persuadirme a que no quiera yo lo que los cielos quieren, la fortuna ordena y la razón pide, y, sobre todo, *mi voluntad desea*; pues con saber, como sé, los innumerables trabajos que son anejos

a la andante caballería, sé también los infinitos bienes que se alcanzan con ella; y sé que la senda de la virtud es muy estrecha, y el camino del vicio ancho y espacioso; y sé que los fines y paraderos son diferentes; porque el del vicio dilatado y espacioso acaba en la muerte, y el de la virtud, angosto y trabajoso, acaba en vida, y no en vida que se acaba, sino en la que no tendrá fin, y sé, como dice el gran poeta castellano nuestro, que

*Por estas asperezas se camina
De la inmortalidad al alto asiento,
Do nunca arriba quien de allí declina.* (II, 6.)

Don Quijote es dueño de sí mismo y también de su destino. Hubiera podido decir con el gran emperador romano: "Soy tan dueño de mí como del universo." Dueño de su voluntad, pudo decir: "Yo sé quien soy y sé qué puedo ser..." (I, 5.) Desde el comienzo de su vida ejemplar fue dueño de sí mismo, de su ser actual y potencial, y, por lo menos afectivamente, del universo todo, ya que se hallaba resuelto a conquistarlo por y para la orden de caballería que profesaba. En los comienzos de su actuar o estar como caballero andante, la empresa le parece fácil: "...salió al campo con grandísimo contento y alborozo de ver con cuanta facilidad había dado principio a su buen deseo." (I, 2). Y puede dar gracias al cielo, "pues tan presto me pone ocasiones delante, donde yo pueda cumplir con lo que debo a mi profesión y donde pueda coger el fruto de mis buenos deseos..." (I 4).

Los fracasos se suceden bien presto y con mayor rapidez que la que él pudiera imaginarse; provienen tanto de la mala fortuna, como de los encantadores que le persiguen. No ignora tampoco —ya lo anotamos anteriormente— lo dificultoso de su profesión: "...el trabajo, la inquietud y las armas sólo se inventaron e hicieron para aquellos que el mundo llama caballeros andantes, de los cuales yo, aunque indigno, soy el menor de todos." Y más adelante, en el mismo capítulo, a la aserción de Vivaldo de que su profesión es más estrecha que la de los mismos frailes cartujos, replica el caballero:

...somos ministros de Dios en la tierra, y brazos por quien se ejecuta en ella su justicia. Y como las cosas de la guerra y las a ella tocantes y concernientes no se pueden poner en ejecu-

ción sino sudando, afanando y trabajando, síguese que aquéllos que la profesan tienen, sin duda, mayor trabajo que aquéllos que en sosegada paz y reposo están rogando a Dios favorezca a los que poco pueden. . . sólo quiero inferir por lo que yo padezco, que, sin duda, es (mi oficio) más trabajoso, y más aporreado, y más hambriento y sediento, miserable, roto y piojoso. . . (I, 13).

A pesar de "los innumerables trabajos que son anejos a la andante caballería", nada tiene que perder y sí mucho que ganar siguiendo el camino por el que su incitación y su voluntad determinada —sin ser determinista— le llevan: ". . . por él tengo que ir a pesar de todo el mundo. . .", porque ". . . sé también los infinitos bienes que se alcanzan con ella." (II, 6).

Porque "somos ministros de Dios en la tierra, y brazos por quien se ejecuta en ella la justicia", jamás se dejará vencer don Quijote ni siquiera dominar por las circunstancias que contribuyen a su ser específico y determinan su manera de estar en la vida. Dueño de sí mismo y de ellas (a lo menos espiritualmente) podrán sobrevenirle fracasos, debidos a la mala fortuna o a la envidia de siniestros encantadores, pero la victoria moral nadie podrá arrebatársela. Su amor casto a Dulcinea, símbolo de la gloria inmarcesible, y su absoluta sumisión a la orden que profesa, a su vocación, a las internas incitaciones, le hacen dueño de su alma y de su destino, le infunden confianza en Dios de quien es "brazo" y le dan fuerza para afrontar las circunstancias —incitaciones externas— transformándolas, si es menester, y valiéndose de ellas para el cumplimiento de su misión en la tierra, dándoles forma y valor con su libre albedrío y la fortaleza de su carácter, venciendo y sometiendo a su voluntad de ser y de actuar.

Como personaje medieval, como personaje gótico, no puede convertirse en personaje renacentista, para realizarse como tal personaje, sin cambiar la circunstancia. He ahí la causa de la metaforización de la misma sin la cual sería imposible el cambio de vida medieval por una vida renacentista. He ahí el motivo por el cual se le ha llamado loco.

Dice Bell en *El renacimiento español*, p. 321: "El español tenía una creencia firme en el carácter universal del alma individual; y con esta fe era capaz el individuo, por decirlo así, de

asirse de la mano de Dios contra la fortuna y circunstancias externas en vez de unir a Dios y fortuna como lo hizo Maquiavelo."

En el formidable choque de la voluntad con las, a veces, poco favorables circunstancias externas, Cervantes salva siempre el libre albedrío, y subraya su papel creador y su inviolabilidad:

Aunque bien sé que no hay hechizos en el mundo que puedan mover y forzar la voluntad, como algunos simples piensan; que es libre nuestro albedrío, y no hay hierba ni encanto que le fuerce. Lo que suelen hacer algunas mujercillas simples y algunos embusteros bellacos es algunas mixturas y venenos, con que vuelven locos a los hombres, dando a entender que tienen fuerza para hacer querer bien, siendo, como digo, cosa imposible forzar la voluntad (I, 22).

Bell dice (p. 318) que "el mismo énfasis con que los escritores del siglo xvii insisten sobre el libre albedrío del individuo, indica una tendencia creciente a considerar la vida humana con pesimismo fatalista. A pesar de sus tremendos fracasos, nunca advertimos que don Quijote esté solo. Lo individual del Renacimiento está señaladamente corregido en él con la sustitución de la posición vertical por la horizontal. Sale de su lugar con objeto de marchar por todo el mundo por amor al prójimo, llevando consigo un generoso repuesto de buenas intenciones, y vuelve enriquecido con nuevas experiencias, sin desprenderse de su generosa humanidad".

En un pequeño texto nos da Cervantes las tres causas del ser de su personaje: *a*) "Gracias doy al cielo por la merced que me hace" (Dios); *b*) "pues tan presto me pone ocasiones delante" (circunstancias); y *c*) "donde pueda coger el fruto de mis buenos deseos" (voluntad) (I, 4). Dios es la causa eficiente y primera de nuestro ser, de nuestro estar y de nuestro "querer ser", y es además causa universal; "No se mueve la hoja en el árbol sin la voluntad de Dios" (II, 3). La causa eficiente segunda es nuestra voluntad ayudada de la gracia de Dios. Las causas ocasionales o materiales, por último, son las circunstancias, como el mármol, en manos del escultor, es el elemento constitutivo y básico de la estatua que piensa realizar, y causa formal, el concepto estético que pretende o piensa materializar en lo concreto.

Hay una variedad casi infinita de circunstancias que condicionan nuestra voluntad de querer ser: externas e internas, naturales y sobrenaturales. Don Quijote, como todo hombre, hijo de la gracia, obra o, como dice Claudel, toca en los dos teclados a la vez: el sobrenatural y el humano. Otras, las preternaturales (encantamientos) tienen un papel definitivo en el Quijote: vienen a ser para él lo que para el santo las tentaciones que, según Valle-Inclán, son lo más interesante de la santidad, y desde luego importantísimas, ya que el hombre se santifica luchando contra ellas al unísono con la voluntad divina. Don Quijote, víctima de encantadores enemigos, va purificando su ideal, humillándose, santificándose también cada vez más, hasta convertirse en el caballero compadecible y adorable, paciente y determinado a un querer ser y estar inalcanzable, por lo que la humanidad le venera en el mismo altar en que venera a los santos:

...ya veo que la fortuna de mi mal no harta, tiene tomados todos los caminos por donde pueda venir algún contento a esta ánima mezquina que tengo en las carnes. Y tú, ... ¡único remedio de este afligido corazón que te adora! ya que el maligno encantador me persigue, y ha puesto nubes y cataratas en mis ojos, y para sólo ellos y no para otros ha mudado y transformado tu sin igual hermosura... no dejes de mirarme blanda y amorosamente, echando de ver en esta sumisión y arrodillamiento que a tu contrahecha hermosura hago la humildad con que mi alma te adora (II, 10).

Teológicamente hablando, ni siquiera la gracia puede violentar o cambiar nuestra manera de ser. Por abundante y eficaz que la gracia sea, es un accidente de nuestra naturaleza, que no puede cambiar nuestra forma o manera sustancial, que no puede violentar nuestra voluntad. A pesar de ella, permanecemos siempre libres, y más libres cuanto mayor es. Su papel consiste en perfeccionar nuestro ser y nuestro querer ser. Sólo por esto, son de un valor inapreciable las circunstancias sobrenaturales en el drama de la vida humana, tanto las de valor positivo (gracia) como las de negativo (tentaciones), ya que ayudan al heroísmo moral, a explotar las posibilidades de santidad y a poner a prueba, sin tregua alguna, la buena voluntad de querer ser. El santo y el héroe saben muy bien que, en el camino de su

ideal, descansar es retroceder; que el que no progresa, regresa necesariamente, como el que no bracea en medio de la corriente que le arrastra. Los encantamientos (circunstancias preternaturales) tampoco tienen otro poder sobre don Quijote que el de purificar su fe en el ideal que motiva su marcha incesante hacia su querer ser, profesado desde el momento mismo en que a él vincula su voluntad firme y resuelta de llegar a ser.

Además de las circunstancias sobrenaturales y preternaturales, rodean a don Quijote las naturales: paisajes y personajes, ventas y caminos, seres diversos activos y pasivos. En nuestras vidas influyen muy determinadamente las personas con las cuales entramos en relación. En la vida ficticia de la creación artística, las personas fingidas, puestas en contacto con el personaje central de la obra, crean en él una manera especial de determinación. La inseparable pareja, don Quijote-Sancho Panza, que forman una sola persona moral, se instala en la creación artística como circunstancias influyentes y determinantes recíprocas de una y otra actuación. Don Quijote no sería lo que es sin su escudero, ni éste tendría autenticidad de ser, o mejor, su ser auténtico, separado de don Quijote. De ahí que se hable tanto de la *quijotización* de Sancho como de la *sanchización* de don Quijote, fenómeno de transustanciación que tiene que verificarse aun sin pretenderlo su creador. Una vez conocida la estructura de la obra, pensada muy distintamente de las demás estructuras artísticas conocidas, el fenómeno debe realizarse, y al autor no le queda otro papel que el de situarse a la parte de fuera para convertirse en mero relator objetivo de los hechos históricos llevados al cabo por la inmortal pareja inseparable, a quien él no diera sino el primer soplo creador de una vida poética que se convierte en seguida en vida historiable. Ni don Quijote podrá subsistir sin Sancho Panza, ni éste realizarse separado de don Quijote.

Las relaciones posibles de establecerse entre dos personas son de diversa índole: de sangre y de afinidad, profesionales, sociales, políticas y económicas; pero hay tres de muy importante significación: a) *Camaradería*, formada por personas que habitualmente viven las mismas circunstancias, a la misma edad, en idéntico estado y con iguales gustos y ambiciones generales. Tales pueden ser los compañeros de una escuela, los soldados de

la misma compañía, los individuos de un mismo equipo de fútbol, etc. Todos ellos conviven y les gusta divertirse juntos. Esta comunidad de vida es más bien externa que de pensamiento y sentimiento. b) *Compañerismo*. Individuos que no habitualmente, sino ocasionalmente, presenciar los mismos acontecimientos: un espectáculo cualquiera sentados en butacas contiguas; un viaje en avión o en barco con la posibilidad de un desastre que les unifica en el anhelo de salvarse. En esta unión puede haber diversidad de edades, de condiciones políticas, sociales o religiosas e incluso pueden unirse en el mismo anhelo un hombre y un animal, teniendo en cuenta que las relaciones del animal con el hombre nunca pasan de mera compañía. Por eso no puede decirse o no debe decirse que el perro sea el mejor amigo del hombre, sino simplemente el mejor compañero. c) *La amistad*, que ya supone relaciones humanas superiores, puede nacer de las dos anteriores clases de relación, cuando dejan de ser menos físicas y pasan a ser más íntimas. Lo importante en este tipo de unión es la igualdad o semejanza de almas, la presencia moral y espiritual mutua: "Dimidium animae meae."

Ahora bien; ¿cuál es la compleja relación existente entre don Quijote y Sancho? Es muy importante determinarlo, ya que uno constituye la principal circunstancia del otro, y la adaptación o rechazo de tal circunstancia vendría a cambiar de manera decisiva el modo de actuar, es decir, la disparidad en procesos vitales exteriorizables de cada uno de estos dos personajes, cuya unidad es esencial en el complejo total de la obra. La relación es complicada y casi inexplicable por las diferencias que les separan en cuanto a linaje, condición social, educación, intereses e incitaciones.

En un principio, no hay entre caballero y escudero sino pura relación de amo y criado, con amor concupiscente más que benevolente por parte de Sancho, y condescendencia por parte de don Quijote; así le dice: "Es menester hacer diferencia de amo a mozo, de señor a criado, de caballero a escudero" (I, 20). La familiaridad empieza a establecerse por la continua comunicación y comunidad de vida. En el mismo capítulo queda declarado con estas palabras de don Quijote: "Retírate tres o cuatro [pasos] allá, amigo, y desde aquí adelante ten más cuenta con tu persona, y con lo que debes a la mía; que la mucha conversación

que tengo contigo ha engendrado este menosprecio." Y también: "Jamás he hallado que ningún escudero hablase tanto con su señor como tú con el tuyo. Y en verdad que lo tengo a gran falta tuya y mía; tuya, en que me estimas en poco; mía, en que no me dejas estimar en más" (I, 20). Empiezan a ser compañeros de viaje, camaradas si se quiere, mas las diferencias se borran con el trato, hasta llegar a hacerse semejantes por su vida interior: "Oh tú, escudero mío, agradable compañero en mis prósperos y adversos sucesos..." (I, 25); y después: "Yo agradezco tu buena intención, amigo Sancho." (*Id., id.*). Claro que todavía no hay reciprocidad. Sancho aún no se atreve a llamar a don Quijote *amigo*: "Vive Dios, señor Caballero de la Triste figura...", pero las distancias irán acortándose hasta que el escudero llegue a convertirse en amigo devoto y fiel, consejero benevolente más que criado interesado, familiar aunque respetuoso, porque en la compañía de los grandes se hacen más grandes las almas pusilánimes.

Es continua la influencia de don Quijote sobre Sancho, lo cual hace que también éste vaya cambiando a pasos decididos su manera de estar y actuar. Y aquel zafio labrador, a quien sólo incitaciones económicas y materiales intereses movían, que siente el piafar de su vida:

cebado y engañado de una bolsa con cien ducados, que me hallé un día en el corazón de Sierra Morena, y el diablo me pone ante los ojos aquí, allí, acá no, sino acullá, un talego lleno de doblones que me parece que a cada paso te toco con la mano, y me abrazo con él, y le llevo a mi casa, y echo censos, y fundo rentas y vivo como un príncipe; y el rato en que esto pienso se me hacen llevaderos cuantos trabajos padezco con este mentecato de mi amo, de quien sé que tiene más de loco que de caballero... (II, 13),

este Sancho —repetimos— se deja influir y penetrar por el ejemplo constante de su señor: "Lo mismo hizo Sancho Panza incitado y movido del ejemplo de su amo" (I, 25). Completándose ambos con equiparable reciprocidad, bien así como en el complejo de alma y cuerpo desfallece en movimientos pendulares, unas veces, la carne, y otras, el espíritu. Sancho dijo de su amo: "No sabe hacer mal a nadie, sino bien a todos, ni tiene

malicia alguna: un niño le hará entender que es de noche en la mitad del día, y por esta sencillez lo quiero como a las telas de mi corazón, y no me amaño a dejarlo solo por más disparates que haga" (II, 13).

Sancho ha purificado su incitación hasta el punto de exclamar después de la encantada ascensión a lomos de Clavileño:

Después que bajé del cielo, y después que desde su alta cumbre miré la tierra y la vi tan pequeña, se templó en mí la gana que tenía tan grande de ser gobernador; porque ¿qué grandeza es mandar en un grano de mostaza, o qué dignidad o imperio el gobernar a media docena de hombres, tamaños como avellanas, que, a mi parecer, no había más en toda la tierra? Si vuestra señoría fuese bien servido de darme una tantica parte de cielo, aunque no fuese más que media legua, la tomaría de mejor gana que la mayor ínsula" (II, 42).

"Sancho se expresa aquí" —dice Américo Castro— "como un personaje lucianesco y el cielo de que habla es el firmamento, meta codiciada para desilusionados o escépticos desde que los *Diálogos* de Luciano de Samosata fueron hechos accesibles para los humanistas del Renacimiento." Lo cierto es que la veleta de su incitación ha cambiado de rumbo, y esto no puede deberse sino a la compañía de don Quijote, quien, después de la derrota o vencimiento padecido a punta de lanza del Caballero de la Blanca Luna, propone a su escudero: "Si es que a ti te parece bien, querría, ¡oh Sancho!, que nos convirtiésemos en pastores, siquiera el tiempo que tengo de estar recogido." "Pardiez" —contestó Sancho— "que me ha cuadrado, y aun esquinado tal género de vida" (II, 67).

Los dos llegan a coincidir en ideales, si no tan elevados como los que hicieron a don Quijote el caballero inmortal, tampoco tan bajos como los que habían sacado a Sancho de sus casillas. Ambos cambios están condicionados por la circunstancia del uno para el otro.

Los esoteristas han acumulado sobre Cervantes y su obra montañas de absurdos por no detenerse a reflexionar "que en Cervantes hay pensamientos y hay modos originales de concebir la vida" y, sobre todo, una manera especial de estructurar

las vidas de sus personajes centrales. Castro dice en "Cervantes pensador" (*Revista de Occidente*, año II, N^o XVI, pp. 219 y ss.):

Don Quijote y Sancho son las mayores creaciones artísticas de Cervantes, pero son también las dos realizaciones más plenas dentro de dos series vitales, que ellos dominan, pero no agotan. Esas series prolongan su existencia a través de la obra cervantina: serie Quijote, serie Sancho. Gran número de personajes viene a situarse en una u otra de esas dos vertientes. Pero como el arte no es geometría euclidiana, resultará que a nuestros máximos personajes se les ocurrirá meter medio cuerpo, es decir, un momento de su vida en la serie del vecino; esto no sólo lo hacen Don Quijote y Sancho, sino que lo hará también Sansón Carrasco y otros como él.

Es decir que no sólo don Quijote y Sancho se influyen recíprocamente, viniendo a constituir cada uno la circunstancia preponderante del otro, sino que todos los demás personajes que viven en la obra interseccionarán sus vidas con las de ambos, llegando a construir o establecer concordancias y congruencias, labrando así la atmósfera maravillosa "en la cual lo real y lo ideal se cortan en bisel".

Concebida así la obra, estructuradas en tal forma las vidas de sus personajes centrales, nada puede ser extraño en la misma; nada acontecerá que no venga a influirlas y a hacerlas saltar en la dirección de sus respectivas incitaciones, que se mezclarán y confundirán, metiéndose unas en la serie correspondiente a las demás por aquello de "dime con quien andas y te diré quien eres". Unas se convertirán en la circunstancia de las otras, y el ser pasará al estar condicionado por tales circunstancias. El autor será entonces el mero narrador o historiador de tales transiciones, que habrán de suceder necesariamente sin que él de manera expresa se lo proponga, porque sus vidas no han sido previamente estructuradas en forma geométrica sino vital, es decir, como reacciona y vive y actúa el común de la humanidad en circunstancias condicionadas por una determinada incitación. Ese es el mérito extraordinario de Cervantes —dice A. Castro: no limitarse "a darnos su punto de vista en forma de máximas o discursos", sino estructurar su obra "del mismo modo que el carácter del personaje se construye en sus actos; así también la

estructura ideal se va articulando al correr de la acción artística". Lo esencial para Cervantes no es la esquemática rigidez del carácter, sino ese plano más amplio en que dos actitudes ante la vida se confrontan y entran en acción.

Para Ortega y Gasset —dice Gaos (*El Quijote y el tema de su tiempo*)— "sería el tema de nuestro tiempo, el de la sustitución de la razón pura por la razón vital". Esta razón vital, no la razón pura y geométrica, es la motivadora de la acción quijotesca. "Así es —continúa Gaos— como un tema del pasado puede seguir siendo el del presente, y así es cómo tal tema y las obras que le hayan dado expresión pueden ser fundado objeto de una preocupación actual, profunda, íntima, auténtica". La perennidad del Quijote estriba, pues, en esa razón vital, no en la estereotipada en esquemas previos que no pueden tener más vitalidad que la del autor que la ideó. Pero la razón vital es absolutamente dinámica, es movimiento y acción constante, es paso acelerado y viviente del ser al estar y al querer ser anheloso, según las circunstancias que nos mueven y condicionan nuestra manera específica de vida. Por ello don Quijote se mueve constantemente en el camino del llegar a ser.

También García Baca (*Cómo salvaba don Quijote su fe y su conciencia*) llama al tema del caballero inmortal *tema vital*, es decir, tema para la vida. "E inventar un tema vital —dice él— un tema para la vida, por el que hasta llegue a morir de buena gana, es el invento supremo a que puede aspirar un hombre":

*Que lo mejor es ser loco
Si es que se da en buen tema.*

Y "un *tema vital*, digno, se cree", y cuando se cree es porque se tiene fe en el mismo, y si en él se tiene fe, debe impulsarnos a la acción. Don Quijote tiene fe en su *tema*; por eso su vida es acción, toda acción, pura acción sin condiciones o condicionada solamente por las circunstancias, que él había metafóricoado o metafóricoaba previamente para que pudieran servir de escenario a la realización necesaria de su *tema*. *Tema vital, tema de vida o muerte*; de vida, mientras las circunstancias le rodeen e impulsen a obrar; de muerte, cuando otros —caballero de la

Blanca Luna— con malas artes, le aísle de las circunstancias vitales que le afirmaban y enraizaban en su *tema vital*, único que podía sostenerlo y dar sentido a su vida y obras.

Tal es el tema del libro. Tal la trama o urdimbre que sostiene a don Quijote y le lleva, en vilo, de su *ser estático* a su *estar dinámico*, a una vida plena de realizaciones, admirables y maravillosos quehaceres.

A. BOLAÑO E ISLA

Facultad de Filosofía y Letras